

LIBRO XV.

La ternura engaña al Conde para que vaya á la Tierra Santa.—Affigese por dejar á su hermana y la doctrina de Miseno.—Piensa Miseno retirarse del sitio en que habitaba temiendo nueva embajada de Polonia: indeciso fluctuaba sobre lo que haria.—Déjase al cuidado de la Providencia.—Levanta los ojos al cielo; y le pareció que veia un caballero gallardo con la cruz en una mano y en otra la espada, montado en su caballo, que sin rienda ni freno le iba precipitando, núm. 14.—Empiezan á despedirse los dos hermanos de Miseno, y este los consuela, y últimamente se resuelve acompañar al Conde.—Trátase de la conquista de Jerusalem.—Motivos de esta guerra.—Neucasis sale de la embarcacion á recibir al Conde y Miseno.—Parten Miseno y el Conde en el esquife.—Cuéntales las revoluciones de Chipre y de Siria, y despidiéndose de la Princesa se embarcan.

1 Desesperado se volvió Goubort á la respuesta de Miseno, y tambien se retiró confusa á las infernales mansiones la furia de la política, viendo que ni la oferta voluntaria de una corona tan deseada lisonjeaba al héroe. Las pasiones, decia la política, están ya en él tan amortecidas ó tan avasalladas, que ni este tan vivo y penetrante estímulo las puede hacer salir ni un punto de la regla de la razon, por donde las encamina. En vano me valí del amor de la gloria y de la ambicion del gobierno: en vano solicité el amor de la patria y el de los pueblos, el amor de la paz y del público sosiego: en vano fue compartir el deseo de las delicias y de las riquezas: en vano llamé en mi socorro la mentira y la lisonja, el engaño y la bajeza. En vano tenia dispuesto á su entrada en Polonia la sedicion y las intrigas, la inconstancia y el vil interés. Todas estas furias estaban prontas á ayudarme, excitando cada una su pasion correspondiente; y no pudiera escaparse de mis lazos, con que una sola vez se rindiese á cualquiera de estas pasiones; pero todo ha sido inútil, pues no me dejó entrar en su corazon por ningun lado.

2 Ya el ánimo de Lesco arrepentido de la oferta, se preparaba para encerrarlo con falsa fe en un calabozo: ya tenia yo dispuestos los malcontentos para una rebelion y motin descubierto, si Uladislaio llegaba á presentarse. ¡Ah, y qué rios de sangre no corrieran! ¡qué estragos! ¡qué horrores! ¡qué maldades no viera yo para mi glorioso triunfo, si su corazon se hubiese dejado mover de cualquier leve pasion, aunque fuera la mas inocente, porque en todas habia

yo puesto veneno! Veneno suave, pero tan eficaz, que con que una vez lo tragase Uladislaio, salia yo triunfante, y él perdido, y logrado el intento de que á nadie enseñase su pernicioso doctrina. Esto dijo la política; y de repente, á modo de un frenético desesperado, se desgrena, se muerde, se araña, se despedaza y espumea, volviendo contra sí propia su loco furor.

3 La pasion de la ternura, compadecida de la afliccion de su compañera, se ofrece á la empresa, para con nueva astucia disminuir el mal, ya que no se podia evitar del todo: á este fin intenta arrancar al Conde de la compañía de Miseno. Sea en hora buena Uladislaio, decia ella, héroe completo en los montes; mas no comunique sus máximas á quien ha de vivir en las ciudades. De este modo siempre saldré triunfante, si no de su persona, á lo menos de su doctrina. Apenas dijo esto, tomó la figura de Brancmano, palatino de Hungría, y confidente particular de Andrés, rey de los húngaros¹, recientemente casado con una hermana del Conde². Tenia la infernal furia el mismo aspecto y el mismo tono de voz, el aire y el traje en nada se diferenciaban, y así se presenta acompañado de un simple criado á la puerta de la Princesa, á tiempo que ella y el Conde salian el dia siguiente á visitar á Miseno. Quédanse ambos suspensos con su vista, infórmanse de la salud de su hermana, á quien cordialmente querian, y le preguntan el motivo de haber venido tan improvisamente.

4 Jamás hubo engaño tan completo, ni apariencia mas perfectamente imitada. La furia infernal en su exterior representaba la prudencia y dulzura, la gravedad y modestia, propia del Palatino. El rey mi señor, le dijo al Conde, me manda venir á acordaros la palabra que le disteis en el dia siempre memorable en que vuestra hermana subió al trono; en aquel alegre dia, que el dulce y perpetuo lazo unió su mano, su corazon y alma con la del régio esposo. Entonces aun aquel voto que habia hecho á Dios, y promesa á su ministro de ir á la Tierra Santa para arrancar de las manos infieles el sagrado sepulcro del Salvador; aun, digo, no estaba cumplido; aun no habia agradecido al cielo los beneficios que de él habia recibido; aun se consideraba cubierto con la negra y horrible mancha de ingrato. Por eso su corazon gemia, su alma confusa se avergonzaba de sí misma, y cada vez que miraba al cielo, le pare-

¹ Este fue Andrés II, que sucedió á su sobrino Uladislaio III el año 1204. Emprendió la conquista de Jerusalem, y murió en 1235.

² Gertrudis, hija del conde Bertoldo IV, duque de Moravia, primera mujer del rey Andrés, hermana del Conde de Moravia de este poema.

cia que le estaba acusando : de forma , que si lo veía risueño y alegre , se confundía entonces mas de su flojedad y pereza ; y si lo veía con cólera y furor disparando saetas de fuego , se hallaba atemorizado , juzgando que él era el único motivo de su enojo.

5 En esta afliccion , que disminuía mucho el gusto de aquellas bodas , le disteis vos palabra de ir á la Tierra Santa en su lugar , mientras él no tomaba la cruz de la Cruzada , para ir con un buen número de caballos á reforzar el ejército de los latinos , que llenos de gloria y merecimiento militaban por el honor de su Dios. Aun se acuerda el Rey del sitio , de la hora y del momento en que jurásteis delante del cielo y de la tierra , y que á estos los tomásteis por testigos de vuestra palabra , con cuya promesa empezó á respirar y descansar. Bien vísteis que tenía justa disculpa , porque el cariño de una esposa nuevamente recibida en sus brazos se lo impedía , y este amor resfriaba su espíritu marcial. Ni un corazón lleno de ternura podía admitir aquel furor que pedía la guerra.

6 Vos mismo le aconsejásteis que pensando en vuestra palabra , cediese por un poco el amor conyugal ; y vísteis que vuestra promesa le alegró , de suerte , que era para él su total alivio , tanto , que después de haberos partido , os veía en sueños montado en el soberbio y brioso caballo que os había dado á este fin , adornado con su real *capacete* * ; ya le parecía que os miraba batallar con los enemigos , y penetrando con su misma espada las hileras de los infieles , ya os veía destrozando á unos , atropellando á otros , é hiriendo por un lado y por otro , sirviendo de terror á los bárbaros , de modelo á los compañeros , de crédito á la *Religion* , de ejemplo al mundo. Vos no sabéis cuán dulce le era esta imagen , y con qué gusto la revolvía en la mente de día , cuando de noche así se le figuraba. Entonces nos repetía contento las deliciosas ilusiones de su alma , y este era su mayor regocijo , ó su único sosiego , cuando en la dulce conversacion con su amada esposa venía á perturbarle su antiguo remordimiento.

7 Ahora , pues , mas atormentado que nunca , sabiendo que el amor de Sofía os detiene , me manda recordaros la palabra que le disteis , y lo hace saber tambien á la Princesa , porque tal vez lo ignora. Por cuanto al presente , no obstante los gravísimos negocios del reino que se lo impiden , está ya determinado á dejar sobre mí todo el formidable peso de la regencia de la monarquía , para partir prontamente á desempeñar su voto. En esta heroica , aunque tardía resolucion , se proponía recuperar todas las proezas perdidas :

quería ir á lavar , ó con la sangre del bárbaro , ó con la suya propia , su vergonzosa lentitud. Todo estaba resuelto , y todo pronto. Ya había endurecido , ¡ ah y qué sacrificio era este ! ya había endurecido los oídos á los ruegos de vuestra hermana : ya , mas ¡ qué pena ! ¡ qué tormento no sufría el Rey ! ya con ambas manos sufocaba su corazón , que gemía , oyendo sin respuesta las lágrimas de su amada esposa : ya un triste *adios* comenzaba á separar , y separarlos tal vez para siempre , cuando vuestra hermana cayó desfallecida , y apenas la pudo sostener en sus brazos. En este lance , después de largo espacio en que ella estaba ya temblando , ya fuera de sí , ya inmóvil como difunta , comenzó á decir en presencia de todos : ¡ *Ay las lanzas ! ¡ ay esposo ! ¡ ay ! allí cae atravesado : allí exhala el alma , allí pierde la vida : ya le atropellan los brutos , ya le despedazan los bárbaros . ¡ Ay , ay ! ...* En este momento un nuevo furor anima su corazón , abre los ojos , y ve al esposo : recobra entonces el aliento perdido ; pero para perderlo de nuevo , pues apenas acaba de volver en sí , cuando ya el cruel *adios*. Tres veces ví buscar al Rey la puerta , y otras tantas ví volver atrás á mezclar sus lágrimas con las de su esposa desmayada. ¡ Ah ! si vosotros lo hubiésteis visto como yo lo presencié , no podríais de ternura reprimir las lágrimas que todos generalmente derramaban.

8 Yo en este lance , perdonad si fue atrevido el consejo , dije al Rey que suspendiese la partida , que yo vendría personalmente á suplicaros , que dando cumplimiento á la promesa , diésteis un poco mas de desahogo á sus corazones oprimidos. Apenas pronuncié esta palabra , una alma nueva animó á vuestra hermana , y un nuevo espíritu vivificó aquellos corazones moribundos. El Rey me estrecha en sus brazos : la Reina no halla términos con que explicarse ; pero las lágrimas , la alegría , el gozo , el semblante y el alma , todo sin decir palabra hablaba en ella. La corte me lo agradece ; todos me apresuran : yo parto en este mismo instante , y ya me veis aquí para llevarle en la respuesta á vuestra hermana la vida , el sosiego á mi Soberano , el gozo y alegría á ambos , y el consuelo á los pueblos ; por cuanto todos temen perder en esta violenta separacion sus dos príncipes , pues tan unidas están sus almas , y sus corazones tan pegados , que siendo uno solo en dos cuerpos , lo mismo será separarlos que partirlos.

9 Esto dijo la *ternura* , y al mismo tiempo una mano invisible derramaba sobre el alma del Conde todos aquellos afectos que podían conducir al intento. En su cara se miraban el pesar y la ver-

güenza de haber faltado á la palabra; y su corazon sentia una ternura compasiva y suave para con su hermana afligida. El ánimo le ardia con la ambicion de la gloria, que con tanta razon le ponderaba su cuñado: de forma, que un fuego marcial le abrasa las entrañas, y no respira sino combates, proezas, estragos y muertes. La Princesa, mudamente acusada del crimen que no sabia, protesta, para su justificacion, que no consentirá que su hermano difiera la visita ni un solo dia, si en ello ha de ser pérfido á su palabra, perjuro á los cielos, é ingrato á un amigo tal como era el Rey su cuñado. Esto mismo protesta el hermano; y ambos aseguran al fingido embajador, que primero se embarcará el Conde para la Siria, que él pueda llegar á Buda¹. Parte con esto la disfrazada furia, y entra triunfante en las subterráneas cavernas, gloriándose de su bien discurrida estratagema.

10 Mira el Conde á la Princesa sin atreverse á decirle una palabra; pero ella se anticipó, y le dijo con ánimo resuelto que convenia partir, y partir sin dilacion: que se dañaba mucho el secreto que en aquella materia le habia reservado, y que pues la *Religion*, el honor, la palabra, la gloria, el agradecimiento y el amor estaban empeñados en aquella partida, no habia que consultar ni dudar, sino que debia seguir prontamente la *razon*, y ya que estaban en camino, era justo ir luego á despedirse de Miseno, pues ella daria orden para todo lo demás que fuese preciso.

11 El Conde, no preparado para el lance, iba de mala gana, moviendo los pasos con mucha flema; alegaba el cuidado en que quedaria la Princesa en su propio daño en la separacion de Miseno. En esta ocasion fue cuando conoció y empezó á pesar en justa balanza todo el valor de aquella afortunada casualidad de encontrar á Miseno junto al Niester; y lamentándose crudamente, decia que mas le hubiera valido no haber oido semejante doctrina, que verse obligado á abandonarla cuando le era mas precisa, y cuando tenia mayor esperanza de hallar por su medio la felicidad; la felicidad, aquel gran bien por el cual habia suspirado toda su vida. Hasta los dones del cielo, decia, me vienen á servir de tormento: solo ví la luz para conocer los errores en que hasta aquí he vivido, y en que vuelvo ahora á sepultarme de nuevo. Yo me hallo como un naufragante, que despues de un largo y penosísimo viaje, llega en fin al puerto, y cuando va á echar los brazos á su amada consorte, que sobre los peñas-

¹ Hoy es la corte de Hungría *Presburgo*, antiguamente era *Buda*; ambas quedan sobre el Danubio, aquella en la *Hungría Alta*, y esta en la *Baja*.

cos de la playa alborozada le espera, y á vista de ella naufraga, así soy yo; pues cuando ya estaba cerca de poseer la verdadera alegría, naufrago miserablemente, viéndome otra vez sumergido en el profundísimo piélago de mi melancolía.

12 Aquí se vió la Princesa notablemente turbada. Era cosa cruel apartar de su compañía á un hermano que amaba tanto, y muy duro separarlo de Miseno en un momento tan precioso. ¿Tendrias tú valor, se decia á sí mismo, luchando su corazon con el discurso, tendrias valor para arrancar con mano bárbara al tierno infante del materno seno, cuando comienza á respirar de un accidente mortal, y entra á recobrar aliento? Pues no es menos bárbara la violencia que hago á mi hermano, cuando por fuerza le retiro del seno de la verdadera filosofía, en donde empezaba á recibir fuerzas y aliento de vida. Esta lucha producía en la Princesa el mismo silencio que la melancolía causaba en el Conde. El aire les parecia turbio, el campo mudado, el cielo diferente. Ya no veian aquellos países agradables á imaginaciones poéticas. Las aves estaban para ellos mudas, los céfiros presos, las flores marchitas, las yerbas lacias, los árboles secos, y todo desfigurado, porque los corazones estaban tristes.

13 Al mismo tiempo Miseno, pensativo, forjaba en su idea cómo retirarse de aquellos montes á un sitio de donde no hubiese jamás memoria de él. Temia nueva embajada, y que si la noticia cierta de que allí vivía se llegaba á divulgar en Cracovia, fuese eso fomento de alguna rebelion entre los descontentos del Gobierno. Pero por otra parte el retiro de aquellos montes, la ardua de aquellas breñas, la soledad del sitio y la tranquilidad de la vida le encantaban. Además, su edad ya cansada, y la natural debilidad que los años y discursos maduros inspiran, aumentaban su repugnancia en desamparar tan amada soledad. Indeciso fluctuaba sobre lo que seria mejor, hasta que al fin dejó al cuidado de la Providencia la direccion de sus pasos; apenas hizo esta total entrega de su corazon inquieto, levantando los ojos al cielo, y con ellos su esperanza, le pareció que veía un gallardo caballero¹ con una cruz en una mano y la espada en otra, montado en un soberbio caballo, que sin rienda ni freno lo iba precipitando. Pasó como un relámpago esta figura; y Miseno, confuso, ahora acusaba á sus ojos, ahora á su imaginacion, ó ya los disculpaba á entrambos.

14 En esto llegaron el Conde y la Princesa con paso lento, gesto melancólico, semblantes pensativos; y Miseno queda admirado.

¹ Representa este caballero al Conde; véase el sig. núm. 18.

Instrúyete la Princesa de la novedad, y finalmente le dice que el Conde venia á despedirse, y agradecerle el bien que le habia hecho con su sólida é importante doctrina. No mereció al cielo, le dice, acabar de oirla, pues un navío veneciano pronto ya á partir de *Akerman*¹ lo espera y debe salir en breve. Por fin, ¡triunfó de él su infelicidad! Aquí la sufocaban las lágrimas. No digáis eso, señora, acudió lleno de ternura Miseno. En todo lugar, querido hijo mio, que os acordeis de mis consejos, los hallaréis de suma utilidad y provecho. «No está la felicidad aneja á estos montes, ni es produccion «particular de estas rocas: el corazon del hombre es el terreno en «que nace esta planta, y á cualquier parte que vaya, puede llevar «consigo su felicidad: el caso solo está en saber cultivarla². Tened «ánimo, y acordaos de lo que habeis oido tantas veces: reprimid «vuestras pasiones, aunque os cueste mucho: gobernadlas por la «verdadera filosofía, que ella os conducirá como en triunfante carro «al fin que desde la cuna habeis deseado³.» Vos, señora, moderad vuestra pena; y pues que la ley soberana le obliga á partir, por haber jurado delante del cielo ir á defender su causa contra los bárbaros, el cielo mismo le protegerá sus intentos, y le conducirá á la felicidad sólida y completa.

15 No tienen mis lágrimas el motivo solo que pensais, respondió la Princesa: otra lanza me hiere el corazon, y me seria necesario tenerlo de hierro, para que no me lo traspasase. Porque habeis de saber que ahora acabo de ver la accion mas bárbara que jamás vieron mis ojos. En el camino, viniendo, he encontrado un niño, perdido naturalmente de sus padres, que estaba exhalando su alma inocente á violencias de la sed: sus pequeños piés trémulos y vacilantes le hacian caer á cada paso: la lengua, al paladar pegada, apenas le dejaba formar alguna voz, y sus lágrimas por secas no podian

¹ El *Niester* desagua en el mar Negro, y casi en su embocadura está *Akerman*.

² Lo mismo asegura el *Filósofo incógnito*, pues en su *Poema*, lib. 1, n. 33, p. 54, dice: *La felicidad está dentro del hombre, no en los palacios ó selvas. Y si allí mismo prosigue: es equivocacion pensar que la alegría de vivir mejor pende de los terrenos, sin duda se ha equivocado el señor Filósofo en el lib. III, n. 17 y 18, negándole á Miseno la alegría en el terreno del monte.*

³ Esta máxima, en la que se comprende lo esencial de la felicidad, es del Padre san Gregorio, hom. 30 in Ev. *Aquel, dice, ama á Dios y guarda sus mandamientos, que reprime y sujeta sus pasiones y apetitos.* Esto hizo Miseno en todo el tiempo de su vida, que abraza este poema, y aun mucho mas; y así fue feliz en los palacios y en las selvas, en Europa y en Asia.

correr por sus mejillas: me causa mucha lástima, tómele por la mano; y casi fue preciso tomarle en brazos por su excesiva flaqueza. Llévole á la puerta de una bella quinta, de donde yo veia salir rios de agua que se perdia en la tierra: hablo á su inquilino, que me dió un gran vaso de ella, tan fresca y cristalina, que solo el verla consolaba al niño. Pónesela él mismo en la boca con ansia; pero fue se flaqueza, ó fuese apatencia demasiada, apenas la prueba cuando el vaso se le cae, se rompe, se derrama el agua, y la sed se le enciende mas, á presencia del bien que acababa de perder. Pido al inquilino que repita la diligencia; mas él por capricho, ó por demasiadamente aplicado á su trabajo, ó llevado de su descanso, cierra la puerta, y me deja con el inocente en los brazos desfallecido y llorando. Quise, quiero y busco darle remedio, y no le hallo: desde ese lugar hasta vuestra cabaña no encontré quien pudiese darle socorro, y ni me atrevo á pedirlo que con inconveniencia vuestra vayais á remediar su afliccion y la mia. Mas no perezca él sediento por mi culpa, y como él respira, osaré muy gustosa plaza de importuna.

16 No pudo Miseno resistirse: deja la azada con ímpetu, levanta las manos al cielo, cáensele las lágrimas á fuerza de la ternura, toma el cayado, y emprende bajar la montaña, pidiendo con gran ansia que le diga el sitio, cuando la Princesa le detiene el brazo, y le habla en esta sustancia:

17 No está muy léjos el afligido, y aun creo que respira: si queréis socorrerle, bien lo podeis hacer. Aquí lo teneis; y diciendo esto le pone delante sus ojos al Conde. De bien léjos vino corriendo, ardiendo en sed de la verdadera felicidad. Sus entrañas secas y abrasadas cuasi hacian huir el alma sedienta de la trémula morada en que vivia oprimida. Sin saber cómo, le conduje yo por la mano á esta feliz montaña, de donde veo salir la alegría en torrentes que no pueden estancarse. De la que rebosaba comenzaba ya á beber, cuando el hado le arrebató, y mas sediento que nunca, de esa agua gustosísima que llegó á probar, veo que va á perecer al primer paso que diere léjos de mí y de vos; de vos, que comenzábais á darle nueva vida y nuevo aliento; por cuanto su espíritu se halla en esta nueva filosofía muy tierno, muy flaco, y muy niño. ¡Oh, qué bisono y qué forastero se hallará en los peligros y lancees que se le preparan! ¡Ah! que si vos quisiérais... Mas si es locura pensarlo, ¿qué crimen será el pedirlo? Pero si, como acabais de decir, no está ligada á estos riscos la felicidad del hombre; si á cualquier parte que el hombre fuere lleva consigo su alegría; si ningun suceso os puede privar de

ella, vos podeis... pero... ¡ah, Dios mio, y qué afliccion es la mia! Calló la Princesa, y lo restante lo dijeron las lágrimas.

18 Miseno quedó un poco suspenso: levantó los ojos á lo alto, luego los vuelve á bajar, inclina la cabeza sobre las manos, que tenia afirmadas sobre el cayado, y reflexiona que el Conde, tomando la cruz para ir á la guerra de la Tierra Santa, si no lleva consigo un amigo que le dirija y sujete sus pasiones, será como el caballero que poco antes habia visto, montado sobre un caballo furioso y sin freno. Entonces entendió que no debia negarse á lo que le pedia, y que la Providencia así lo determinaba. Y despues de un cierto espacio levanta la cabeza, y con un aire sereno le dice: Amigo, tendréis compañero que os seguirá á donde quiera que fuéreis, si pensais seriamente seguir la *razon* en todas vuestras acciones. No puedo enseñaros con mayor energía la doctrina que os he dicho, sino sacrificando á vuestro bien toda mi tranquilidad; porque soy de opinion que nada puede hacer un hombre que le asemeje mas á Dios, ni le haga mas agradable á sus soberanos ojos, que tratar en hacer feliz á uno que jamás lo ha sido. Yo soy el primero que pongo en camino. Vamos, hijo mio: no quiero, señora, le dice á la Princesa, que perezca por mi culpa el inocente sediento. Esto dijo, y sin entrar en la cabaña, comenzó á bajar del monte, quedando enmudecidos la Princesa y el Conde: tan grande era la admiracion, que ninguno se atrevia á hablar.

19 Vuelta en sí la Princesa del pasmo en que semejante accion la habia puesto, le parecia que todo era un sueño. ¡Y cómo es posible esto! se decía á sí misma llena de perplejidad y enajenada. ¡Un soberano que desprecia un trono despues de poseerlo, quiere seguir á un mancebo! ¡Seguirle sin saber á dónde! ¡Seguirle para experimentar y sufrir la rebeldía de su genio, la inconstancia de la edad, la opinion de las pasiones, la locura de las preocupaciones, y los encuentros de una guerra! ¡Seguirle sin saber el fin de la empresa, y seguirle sin otro intento que hacerle bien, aun á costa de tolerar todos los males! ¡Y yo me atreví á pedirlo! ¡Y yo pude consentir en mi idea pensamiento tan arduo y tan imprudente! Entre tanto, postrado el Conde á los piés de Miseno, sollozaba estrechándole fuertemente consigo, sin poder explicarse, aturdido con la inaudita benevolencia y amistad del Príncipe. Ahora sí que vió el Conde con claridad, y como cuando se rompe la nube densa que encubria el sol; vió, digo, todo lo que Miseno le habia enseñado de palabra, y que lo iba á poner en ejecucion por lo mucho que le queria. Esta

fineza le hizo desatarse en lágrimas copiosas; mas aun cuando estas hicieron treguas, apenas pudo explicarse en estas pocas palabras: *Sí, yo os seré fiel, vos seréis señor de mi alma, y en mi no habrá otro querer sino el vuestro.*

20 Recobrada entonces la Princesa del desasosiego, puso los ojos en Miseno, y le dice así: Señor, llena de pesar y sumergida en un jamás experimentado abismo de confusion, os ruego me perdoneis el indisculpable atrevimiento de pedir os lo que os pedí. Vos lo queréis, señor, sea; pero os ruego que lo hagais por accion graciosa de vuestra beneficencia, y de ningun modo sea despacho de mi súplica; pues retractando mi loca osadía, esto solo es lo que os pido que lo hagais por vos ó por el Ser supremo, á quien queréis consagrar en mi hermano una estimable víctima; pero no lo hagais por mi atencion. No, porque seré infeliz viéndome toda mi vida agobiada con el peso inmenso de un tan extraordinario favor. No esperéis de mí otro agradecimiento sino una sincera confesion de la verdad de las máximas que me habéis enseñado, y la aplicacion que haré de ellas en mí misma y en mis hijos. Esta será mi única gratitud; porque en la realidad sola vuestra virtud puede ser vuestra verdadera recompensa. Sí: porque no espera otra quien hace como vos una accion tan heroica. Mientras tanto, señor, que obráreis así, forzosamente habeis de hacer ingratos, porque no pueden los hombres corresponder dignamente á acciones semejantes. Mas ya veo que para no hacerlos, solo á vos os mirais y al Ser supremo que os ilustra, que os inspira y que os mueve. Él será; pues, quien os premie.

21 Así es, señora, respondió Miseno. Despues que conozco el corazon humano, acostumbro obrar de este modo: nada espero de la criatura porque me anima otro motivo mas noble. Cuando obro bien, gusto de la virtud en sí misma, solo porque es virtud, porque la luz de la razon me dirige, y porque la voz de quien me formó me llama para ejecutarla: gusto de la virtud, porque es un reflejo de la hermosura infinita que resplandece en ella, así como los ojos gustan del reflejo del sol que brilla acá bajo en las aguas. De este modo nunca me hallo engañado con el extraordinario procedimiento de los hombres; y solo si Dios mudase su naturaleza, si la virtud no fuese virtud, y si el bien fuese detestable, únicamente entonces podría yo arrepentirme de haberlo abrazado. No quiero, hijo mio, dijo volviéndose al Conde, no quiero que domeis vuestras pasiones porque yo os lo pido, ni porque mi amistad lo merezca: no; solo quiero que las sujeteis, porque la luz de la *razon* lo manda, y porque

el soberano Ser que os dió la vida, y que os ha de dar la verdadera felicidad, lo desea y se agrada de ello. Vamos á embarcarnos, y no se disminuya por la tardanza la perfeccion del sacrificio.

22 Con esto se pusieron en camino; y la Princesa recobrando su estilo antiguo para disimular la amargura de la soledad que ya empezaba á sentir, comenzó á gracejar, describiendo poéticamente proezas militares que se prometia de su hermano. Miseno, despues de consentir que un discurso jocoso alegrase el corazon oprimido del Conde, atajó las inciertas esperanzas que podian engañarle, y le dijo así:

23 Hijo mio, no os dejeis enamorar de un gusto y de una gloria que es vil é incierta, pudiendo dejaros encantar de otra mucho mas sólida y segura que en vuestra mano la teneis. La victoria de los enemigos en la guerra es muy dudosa, hablo como quien toda su vida se ejerció en las armas; porque eso depende de los compañeros, depende de los enemigos, depende de la casualidad: de suerte, que los mayores generales han sido vencidos muchas veces; y si dejais crecer en vuestro corazon estas esperanzas que el deseo inventa y la vanidad abona, grandes disgustos os esperan, porque muy flojo ha de ser vuestro corazon si no pasa con las esperanzas mas allá de lo que la inconstante fortuna os dará en la realidad. No, hijo mio, no os contenteis con eso; tened pensamientos mas nobles y menos arriesgados. Derramar sangre humana, vencer capitanes, atropellar héroes, talar campos, arruinar muros, asolar ciudades, abrasar edificios, hacer perecer de hambre y sed las poblaciones enteras, obligar á muchas gentes á que se vean en la dura necesidad de sustentarse de sus propios brazos, como ha sucedido¹: eso lo hacen las fieras en los bosques, los bárbaros en los poblados, y los rayos del cielo en los campos. Reflexionad que es muy vil la gloria en que pueden excederos las fieras, los salvajes ó los tigres humanos. No alimenteis vuestro corazon con tan indigno nutrimento: otra mayor gloria os debe enamorar, y la debeis procurar en esta empresa, y es, obligar á Dios á que os alabe y se agrade de vos. Pasmáronse el Conde y la Princesa de oír la proposicion; y advirtiendo Miseno la grande admiracion que les habia causado, la confirmó diciendo: Sí, porque la esencial rectitud gusta de la virtud sólida, y aplaude en su sublime consistorio todo lo que es verdadera heroicidad. Id á la guerra, sí; pero id solo para dar testimonio á los cielos y á la tierra, de que nada es bastante á desviaros de vuestra obligacion. Haced

¹ Lib. IV de los Reyes, cap. vi, vers. 28, 29.

ver que ni las delicias del tálamo, ni el amor de la Princesa, ni los horrores de la muerte, y lo que es mas, ni las pasiones del corazon humano, pueden deteneros á que vayais á obsequiar la Religion, ó librándola del ultraje, ó sacrificándole la vida.

24 ¡Ah! que decís bien, replicó la Princesa. Nunca, amado hermano mio, nunca os será mas necesario vencer las pasiones, que en la presente guerra. Llevad delante los ojos á los que os han precedido en esta empresa, y veréis que las pasiones que ellos no supieron vencer disminuyeron, retardaron, ó hicieron casi inútiles sus victorias. Por nuestra desgracia tenemos muchas pruebas y bien recientes de lo que acabo de decir. ¿Qué impedimentos no pusieron en la toma de Jerusalem los locos amores de algunos famosos caballeros que militaron en su conquista? ¿Qué males no causó la envidia secreta que habia entre ellos, las intrigas de los príncipes latinos, la oposicion de las naciones y la ambicion de los capitanes? Yo no sé como en medio de tantas desenfrenadas pasiones pudo tener feliz suceso la conquista de aquella ciudad. Mas ¿qué importa que el valor la conquistase, si una pasion fue causa de que la volviésemos á perder? Mi querido hermano, para que no entreis en guerra con los ojos vendados, os instruiré en pocas palabras de la causa que os obliga á ir á exponer vuestra vida para rescatar la cruz del Salvador, y librar del poder de los bárbaros su adorable sepulcro; y mientras vamos caminando os puedo ir instruyendo.

25 Despues que Godofredo de Bullon ganó á Jerusalem con un valor mas que humano, y dejó este reino á sus sucesores, veo á su descendiente Almerico I, que del primer matrimonio tuvo á la infanta Sibila, que dió en casamiento á Guillermo de Longa Espada, marqués de Monferrato, y á Balduino IV que le sucedió en la corona; y que del segundo matrimonio con la princesa María, sobrina de Manuel Commeno, emperador de Constantinopla, tuvo á la infanta Isabel, que casó despues en primeras nupcias con Aufrido de Toron, nieto del condestable de Jerusalem.

26 Heredó la corona Balduino IV, y heredó tambien el valor, la prudencia, el esfuerzo y el arte de la guerra que tanta gloria habia dado á sus antepasados: de suerte, que en vano Saladino, gran sultan de Egipto; Saladino, el terror del Asia, el segundo Alejandro, el enemigo jurado del nombre de Dios, el instrumento de todo el poder de los infiernos; en vano, digo, le atacó cerca de Ascalon¹,

¹ Ascalon ó Ascalona en Palestina de los idumeos, ciudad que fue de la